

Vicente Blasco Ibáñez

La bodega

Edición de Francisco Caudet

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Blasco Ibáñez, novelista	11
La novela social	54
El referente socio-histórico	80
Análisis de <i>La bodega</i>	120
ESTA EDICIÓN	168
BIBLIOGRAFÍA	171
LA BODEGA	187
I.	189
II.	241
III.	290
IV.	343
V.	378
VI.	408
VII.	433
VIII.	459
IX.	491
X.	523

INTRODUCCION

Wir arme Leut...

(*Woyzeck*)

BLASCO IBÁÑEZ, NOVELISTA

Blasco Ibáñez no era muy amigo de explayarse, como ocurre con muchos autores, sobre cuestiones de estética. En su caso, este trazo se acentuaba por ser sobre todo, en su doble condición de político y escritor, un hombre de acción¹. Pero, de todos modos, habló y escribió, en no pocas ocasiones, acerca de sus ideas sobre la novela en general y también, lo que tiene igualmente un gran interés, acerca de su manera muy personal de escribir novelas.

¹ En la carta a Julio Cejador, de 1918, recogida en «Nota bibliográfica» a V. Blasco Ibáñez, *Obras completas*, vol. I, Madrid, Aguilar, 1980; 8.ª ed., pág. 17, confesaba: «Y lo digo de buena fe; yo soy un hombre de acción, que he hecho en mi vida algo más que libros, y no gusto de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón, con el pecho contra una mesa, escribiendo diez horas al día.» En un narración corta, «El novelista», *La Esfera*, 26 de octubre de 1916, recogido en *Obras completas*, vol. IV, Madrid, Aguilar, 1987, pág. 689, hacía exclamar a un famoso escritor inglés, Horacio Watson, que tenía una audiencia de ciento setenta millones de lectores: «Es inútil. No quiero escribir más mentiras. ¡Ay, la vida! ¡Qué novelas las de la realidad!...» Pero como comenta Rafael Conte, en «Vicente Blasco Ibáñez: Lecciones de un centenario», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 216, diciembre de 1967, pág. 509, Blasco fue «un hombre de acción, enamorado del arte de escribir». No le pasó lo que al escritor inglés. Cfr. también Pilar Tortosa, *La mejor novela de Vicente Blasco Ibáñez: su vida*, Valencia, Prometeo, 1977; y la nota 75.

A través de esas declaraciones, orales o escritas, se puede entresacar su concepción teórica de la novela, concepción que completó con la práctica novelesca. En los grandes autores —esto a veces se olvida—, tanto la teoría como la práctica están estrechamente relacionadas, son dos manifestaciones conscientes, en ningún modo fortuitas. O si se prefiere, cada novela es el resultado o manifestación —aunque nunca en términos absolutos, desde luego— de un proceso reflexivo.

Ese proceso, en el que la ideología ejerce una constante mediación, llevó a Blasco Ibáñez, en el período comprendido entre 1886 y 1905, de la novela histórico-folletinesca a la novela valenciana y de ésta a la novela social. Este último grupo, compuesto de las cuatro novelas *La catedral*, *El intruso*, *La bodega* y *La horda*, escritas casi ininterrumpidamente, sin que entre ellas hubiera apenas distancia temporal, hay que enmarcarlo, dejando de lado por el momento otras consideraciones como las que se desprenden de su contenido, en ese proceso de reflexión teórica y práctica.

Ciertamente, el canon literario de Blasco Ibáñez, sobre todo en estas novelas sociales, no era el de la sociedad literaria *ad usum*. Tal ocurría con el discurso político engarzado en ellas. Pero nada de ello debería utilizarse en detrimento de su obra; al contrario, son factores, como pone de manifiesto la amplia recepción de esas novelas —y del resto de su producción literaria—, que acrecientan su mérito².

La obra de Blasco Ibáñez, enmarcada en un contexto nacional e internacional que en buena medida la explica, se convirtió en una respuesta estética e ideológica lo suficientemente personal y original para llegar a gozar dentro y fuera de España de la aceptación —¿por qué tiene que haber una in-

² Maurizio Fabbri, en «Per una rilettura dell'opera di Blasco Ibáñez», *Spicchio Moderno*, 7, 1977, pág. 89, hace estas atinadas observaciones: «Senza tale preliminare operazione [de relacionar novela y política] non risulta possibile intendere pienamente il valore e significato dell'opera letteraria di Blasco Ibáñez, e il vasto successo di pubblico, che perdura nonostante l'insistito silenzio della critica.» Cfr. también Carlos Blanco Aguinaga, «Blasco Ibáñez: una historia de la revolución española y la novela de una revuelta andaluza», en *Juventud del 98*, Barcelona, Editorial Crítica, 1978; 2.ª ed., págs. 176-207.

compatibilidad entre cantidad (número de lectores) y calidad (valor estético)?— de grandes y diversas capas sociales. Y ello en una época en que la literatura española, a pesar de reunir una brillante pléyade de autores como Galdós, Clarín, Pardo Bazán, Pereda, Valera —de la generación del 68— o como Unamuno, Baroja, Azorín, Valle, Machado —de la generación del 98—, tenía dificultades para penetrar en un mercado, en España como en Hispanoamérica, con numerosas limitaciones³. Esas limitaciones, debidas al escaso poder adquisitivo de la mayor parte de la población, que además estaba en gran parte por alfabetizar —siete de cada diez españoles no sabían leer ni escribir—, se acrecentaban porque el discurso narrativo de esos autores apenas incidía en los lectores potenciales, la clase media y el proletariado urbano, que era precisamente de donde procedían quienes adquirían los libros de Blasco Ibáñez —y los de Galdós, la otra notoria excepción⁴.

Blasco Ibáñez llevó a la calle la literatura y la política. Tanto en 1889, cuando fundó el semanario *La Bandera Federal*,

³ Cfr. Luis Monguió, «Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX», *Revista Hispánica Moderna*, 31 (1965), págs. 1-17; Rafael Pérez de la Dehesa, «Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo», *Revista de Occidente*, núm. 71, febrero de 1969, págs. 217-228, y «La Editorial Sempere en Hispanoamérica y España», *Revista Iberoamericana*, núm. 35, 1969, págs. 551-555; José-Carlos Mainer, «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», en *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1977, págs. 175-239; Luis Fernández Cifuentes, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, Madrid, Gredos, 1982; Jean-François Botrel, *La diffusion du livre en Espagne, 1868-1914*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988; Francisco Caudet, «Las relaciones editoriales e intelectuales entre España e Hispanoamérica: 1930-1943», en *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1987, páginas. 141-149, «La querrela naturalista. España contra Francia», en Y. Lissorgues, ed. *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1988, págs. 58-74, y «El libro de avanzada en los años treinta», en *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1993, págs. 107-143; Pedro Pascual, *Editores y escritores en la Restauración canovista, 1875-1923*, 2 vols., Madrid, Ediciones de la Torre, 1994.

⁴ Cfr. José-Carlos Mainer, «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», art. cit.; Jean-François Botrel, «Les succès d'édition des œuvres de Benito Pérez Galdós» (I y II), *Anales de Literatura Española*, núms. 3 y 4, 1984, págs. 119-157 y 29-66.

como en 1894, año en que convirtió ese semanario en *El Pueblo*, dio muestras bien elocuentes de que su obra literaria y su credo político tenían como meta llegar a esos sectores de la sociedad que, a pesar de ser mayoritarios, no se sentían representados, pues apenas tenían protagonismo ni en la política ni en las obras literarias⁵. Por eso, no deja de ser igualmente significativo que *Arroz y tartana* se empezara a publicar por entregas en los primeros números de *El Pueblo*. Y es que, como dice León Roca:

Blasco Ibáñez, que políticamente tenía formado un concepto de la burguesía y clase media valencianas, ensayó en la literatura el experimento de verter en las páginas de una novela todo cuanto había visto y observado. Este paso, decisivo para él, indica una total revolución de su método de trabajo, pues por primera vez traslada a la novela hechos reales, personajes vivos⁶.

Así era superada —en parte sólo, como explicaré en seguida— una previa etapa de formación, que había estado fuertemente dominada por la novela histórico-folletinesca. Ese era el sello de marca dominante en sus primeras narraciones cortas: «La aventura veneciana» (1886) y «La espada del templario. (Leyenda provenzal)» (1887); de las novelas *Hugo de Moncada*, *¡Por la Patria! (Roméu el guerrillero)*, *El conde Garcí-González* aparecidas las tres en 1888; o de los tres gruesos volúmenes de la *Historia de la revolución española* (1890-1892), una suerte de *Episodios Nacionales*, o de *La araña negra* (1892), un folletín anticlerical cuyo modelo era *El judío errante* de Eugenio de Sue.

Arroz y tartana representa, por tanto, la adopción de una nueva estrategia narrativa. Estrategia que León Roca seguía comentando así en la cita anterior:

⁵ *El Pueblo* logró en Valencia, por su contenido y por su precio —era barato y estaba, por tanto, al alcance de las clases trabajadoras— competir con la prensa dirigida principalmente a clases sociales con mayor poder adquisitivo: *Las Provincias*, *El Mercantil Valenciano*, *La Correspondencia de Valencia* y *El Correo*.

⁶ José Luis León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Ajuntament de Valencia, 1997, pág. 120.